

En recuerdo

PAZ ROMERO PORTILLA

MANUEL-REYES GARCÍA HURTADO

Entre introducir el volumen que el lector tiene en sus manos y comenzar con unas palabras sobre la persona a quien va dedicado, hemos tomado partido por la segunda opción. Sobre la primera baste decir que este libro es el fruto de la labor de cuantos aparecen en el índice, del apoyo de la Universidad de A Coruña y de la colaboración del Ayuntamiento de Ferrol. A todos ellos, investigadores e instituciones, nuestra gratitud y reconocimiento por embarcarse en este proyecto.

Escribir sobre alguien que ya no está junto a nosotros es una de las tareas más ingratas. Por un lado supone que debemos poner como sujeto de una oración el nombre de un amigo con quien se han compartido charlas, discusiones, momentos de alegría, almuerzos, paseos, cafés, en suma, lo que llena de sentido la cotidianeidad y nos humaniza, para dar corporeidad a la realidad de su ausencia, para obligarnos a utilizar para siempre verbos en pasado cuando nos refiramos a él. Por otro lado es una suerte de catarsis que nos sirve de aldabonazo mental sobre lo frágil de nuestra existencia, sobre la futilidad de nuestras preocupaciones habituales, que subvierte, aunque sólo sea por unos días o semanas, el orden de nuestras prioridades. Tomamos conciencia de nuestra esencia etérea.

Pues bien, todas las páginas que el lector va a encontrar en esta obra las dedicamos a alguien que conocimos cuando llegamos a la Universidad de A Coruña en 1997 y que tuvimos la fortuna de tener como compañero. No es este el lugar para desnudar el alma y presentar quién fue él para nosotros. Lo habitual en estos casos es realizar loas, elaborar cuidados discursos, emplear palabras altisonantes, casi como una suerte de disculpa por no haberle dicho todo eso cuando estaba aquí. Ni es nuestro estilo ni nuestras convicciones nos permiten

trivializar la existencia humana hasta ese extremo. Sólo queremos dejar constancia de que él, su singularidad, su risa sincera, su ironía, su interés por las cosas pequeñas, su pasión por el arte, el amor por su hijo, perdurarán siempre en todos aquellos que compartimos unos años a su lado. Por ello, a nadie más que a él, que falleció un sábado de agosto de 2006, puede dedicarse cuanto aquí se contiene. Es nuestra manera de decirle que sigue a nuestro lado en nuestra memoria y que su paso por la Tierra hizo felices a muchos y dejó grandes vacíos con su marcha.

A Bernardo Castelo.